

El futuro de las relaciones chino-soviéticas y su probable impacto global

En los tiempos en que el autor de este ensayo trabajaba en las Naciones Unidas sostuvo, en el comienzo de los años cincuenta, poco después del final de la guerra de Corea, y frente a la incredulidad total de los círculos diplomáticos occidentales, que el siguiente gran conflicto internacional consistiría en el rompimiento total de las relaciones entre China y la URSS. Este rompimiento ocurrió en 1960 y perduró por más de veinte años.

Ahora, después de numerosos viajes recientes a Estados Unidos, Europa Occidental, la URSS y Japón, además de una visita a China, el autor considera que en un futuro no muy lejano, tal vez alrededor de 1985, las mismas dos grandes potencias volverán a una relación mucho menos conflictiva, ya que sus respectivas visiones de su seguridad nacional han cambiado en los últimos veinte años tanto como el mundo ha cambiado entre 1960 y 1980. Estos ajustes en las relaciones chino-soviéticas, que no deberían ser consideradas como un acercamiento estrecho, afectarán profundamente a todos los demás grandes actores en el juego internacional del poder, incluyendo Estados Unidos y sus clientes y aliados de Europa Occidental y del Lejano Oriente. La postulación de dicho desarrollo en las relaciones entre China y la URSS como gran probabilidad no se basa en el acceso a informaciones secretas, sino que resulta de una integración analítica de información estratégica, política y económica disponible y de un intento de ver el mundo no tan sólo como está visto por las capitales de la alianza militar occidental sino también de Tokio, Moscú o Beijing. Este ensayo fue escrito durante el viaje que hizo el autor este otoño al Lejano Oriente, por la octava vez durante los últimos diez años.

I

En el otoño de 1982, el año marcado por una crisis económica mundial, una peligrosa confrontación estratégica y militar entre el Este y el Oeste y las crecientes tensiones políticas y sociales en el subdesarrollado Sur, Japón nos recuerda el ojo de un tifón en donde

aparentemente permanece la calma. En Tokio uno no sólo se siente en medio de una sociedad casi post-industrial que ha logrado algo más que un grado razonable de estabilidad política y un nivel envidiable de equidad social y riqueza individual, sino en una sociedad que sabe hacia dónde se dirige sobre la cresta de nuevas revoluciones post-industrial y tecnológica.

Es cierto que Japón se está enfrentando también a dificultades. Como todo el mundo está de acuerdo en Tokio, una vez que el largo período de su rápido crecimiento económico haya terminado, surgirán serios problemas financieros internos y restricciones en el comercio externo del país. El creciente pesimismo japonés acerca de las perspectivas económicas para su país y para el resto del mundo, está ocasionando un amargo debate interno, como en Estados Unidos y Europa Occidental, sobre si se debe estimular la economía nacional o dar prioridad al equilibrio presupuestal. No se han encontrado respuestas para este dilema y no parece haber ninguna en un futuro cercano. Pero el hecho de que Japón es más eficiente y mejor organizado que cualquier otro país industrial, explica por qué el estancamiento, inflación, desempleo, pobreza marginal, malestar social y conflictos políticos están todavía relativamente ausentes de la escena local. ¿Por qué, entonces, en lugar de disfrutar de una sensación de seguridad uno se siente en Japón como en el ojo de un tifón?

Algunos japoneses y observadores extranjeros sugieren que esta sensación de intranquilidad refleja, por un lado, tormentas internacionales alrededor de Japón, y por el otro, la sistemática incapacidad de las estructuras políticas del país para desarmar estas tormentas antes de que afecten directamente al Japón, geopolíticamente altamente expuesto y dependiente de la coexistencia pacífica con sus poderosos vecinos, tanto del Este como del Occidente, y del crecimiento constante del comercio internacional.

Definida por la Constitución y el tratado de paz firmado en San Francisco en 1951, ambos impuestos por Estados Unidos, la vida de Japón como un miembro de la comunidad internacional en los primeros 30 años de la postguerra fue relativamente fácil¹, Japón, un cliente político principal de Estados Unidos en un Lejano Oriente extremadamente trabajador, fue capaz de construir su enorme poder bajo la protección estratégica de Estados Unidos, lo que le ha permitido expandir su propia esfera de influencia económica en las costas asiáticas del Pacífico. El "milagro económico" japonés fue

¹Tal vez no es completamente incidental que los orígenes del tratado de paz de San Francisco sean en el presente tema de muchos análisis por parte de escritores políticos japoneses. Hay que observar, por ejemplo, una serie de artículos escritos por Eitoshi Matsui, intitulados "Road to San Francisco", publicados en *Mainichi Daily News* (Tokio) a finales de septiembre y principios de octubre de 1980.

posible porque los intereses japoneses coincidieron con los intereses globales imperiales de Estados Unidos, cuyo objetivo al terminar la guerra era contener militar y políticamente al bloque socialista euroasiático en su conjunto y más tarde —después de la ruptura entre China y la URSS en 1960— contener a cada una de estas potencias por separado. El plan de cooperación norteamericano-japonés funcionó razonablemente bien hasta tiempos recientes, ya que siguiendo el crecimiento del poder económico de Japón, sus relaciones de cliente de Estados Unidos fueron substituidas gradualmente por una relación especial que involucraba concesiones mutuas, tales como la ascendencia del Japón en el Sudeste Asiático (excepto Indochina) y la presencia dominante de Estados Unidos en Corea del Sur, Filipinas y Vietnam (hasta 1975), así como la aceptación japonesa de actuar como una base militar gigante de Estados Unidos dentro de los límites de la Constitución japonesa.

La larga vida de la comunidad de los intereses económicos y geopolíticos entre Estados Unidos y el Japón se debió también a la pasividad de Japón en la esfera no económica fuera del Lejano Oriente a su sentimiento de inferioridad heredado de la segunda guerra mundial y a la intensidad del conflicto ideológico y de poder entre las demás dos grandes potencias asiáticas (China y la URSS), que se intensificó a mediados de los setenta, después de la derrota sufrida por Estados Unidos en Indochina. Durante los últimos diez años, Japón hizo un esfuerzo especial para continuar con su coexistencia pacífica con los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos: dirigió su ofensiva de exportación a Europa Occidental, Oceanía y el Tercer Mundo más que a Estados Unidos, aceptó el papel de ser la primera línea de "defensa estratégica" de Estados Unidos en el Pacífico y guardó un perfil bajo después del acercamiento de Estados Unidos con China, auspiciado por Nixon y Kissinger. Sin embargo, parece que a principios de los ochenta, todas las condiciones subyacentes del juego internacional de Japón están siendo minadas por eventos que van mucho más allá del control de este país.

La vida internacional de Japón se ha vuelto recientemente muy difícil, no sólo por su "historia de éxitos" económicos y tecnológicos, sino también como una consecuencia de cambios rápidos en la relación estratégica y política entre los otros tres poderes alrededor de Japón (Estados Unidos, la URSS y China). Estos cambios, que influyen directamente en la capacidad de Japón para maniobra mundial, son: primero, el decaimiento relativo del poder global de Estados Unidos, que se refleja en la aparición de una paridad estratégica entre la URSS y Estados Unidos; segundo, la creciente desilusión de China con sus relaciones con Estados Unidos; tercero, las crecientes probabilidades de una lenta normalización de las relaciones entre la URSS y China; y cuarto, la transformación de las relaciones congeladas entre Japón y la URSS en una relación permanen-

temente estancada debido a la ausencia de un tratado de paz entre las dos potencias.

En caso de que la interacción entre estos nuevos factores no fuera suficiente para complicar las relaciones de toda índole de Japón con las otras dos grandes potencias asiáticas así como con Estados Unidos, el espectro de la prolongada crisis económica mundial añade otra dimensión a la incertidumbre japonesa. Desafortunadamente, Japón no sólo parece no ser capaz de elaborar por sí mismo una política externa a largo plazo que sea coherente en términos estratégicos, políticos y económicos en la situación internacional recién surgida, sino que frente a las crecientes presiones del exterior substituye la falta de ese diseño de política con declaraciones contradictorias de funcionarios gubernamentales de más alto rango. El ejemplo más sobresaliente de este uso de dos, o tal vez tres lenguajes políticos contradictorios reportado por la prensa en Tokio en este otoño, son declaraciones hechas en una sola semana por el Primer Ministro Suzuki* (en Beijing), en el sentido de que Japón no intenta convertirse en una potencia militar; por el director general de la Agencia de Defensa, Ito (en Washington), quien aseguró que las fuerzas de autodefensa del Japón aumentarán su presupuesto, aceptarán el despliegue en Japón de un gran número de aviones de combate F-16 de E. U. y tomarán, a petición de Estados Unidos, la responsabilidad principal de la "defensa" de 1.000 millas náuticas fuera de las costas japonesas; y por el Ministro del Exterior, Sakurauchi, en la Asamblea General de Estados Unidos (Nueva York), quien dijo que las Naciones Unidas deben reforzar las funciones de esta organización mundial en el campo del desarme y fortalecer su papel en la esfera del desarrollo económico y social del Tercer Mundo.

II

Esta cacofonía oficial produce dudas muy serias sobre la credibilidad global de Japón en todas las importantes capitales. Nadie parece estar satisfecho con la postura japonesa. Líderes chinos han advertido a Suzuki durante las pláticas en la reunión cumbre chino-japonesa en Beijing que no tolerarán la resurrección del militarismo japonés. Comentarios oficiales de Moscú, distribuidos por TASS, tratan a Japón como un satélite militar incondicional de Estados Unidos. Al mismo tiempo Washington pone en claro —en el lenguaje más rudo usado hasta el momento hacia Japón— que a menos que los japoneses aumenten inmediatamente su contribución al programa de rearme en el Lejano Oriente, serán objeto de fuertes sanciones económicas por parte de Estados Unidos. Estas ame-

*Quien renunció a su cargo poco después de que este ensayo fue escrito.

nazas de Estados Unidos, que dicho sea de paso, se tradujeron en grandes titulares en la prensa japonesa prácticamente todos los días de este otoño, no aumentaron la simpatía de la opinión pública japonesa hacia la administración de Reagan. Este autor ha sido informado, con la debida discreción y en diversas ocasiones, tanto por funcionarios del gobierno como por líderes del sector privado japonés, que la tarea más importante para su país en un futuro cercano es la de encontrar los medios de sobrevivir a la administración Reagan en Estados Unidos.

Algunos observadores japoneses afirman que las declaraciones contradictorias del Primer Ministro Suzuki y de miembros clave de su gabinete, reflejan una división genuina entre el gobernante Partido Liberal-Demócrata. Aun cuando todos sus sectores son en gran parte pro-americanos, se encuentran entre ellos desde los moderados semineutralistas hasta los fervientes partidarios de la cruzada anti-soviética de Estados Unidos. El ala de la extrema derecha del PLD está formada por los antiguos militares y una parte de la poderosa industria pesada. Aunque parezca extraño, aún entre los altos ejecutivos de las grandes compañías industriales japonesas, este autor se ha encontrado con gente que considera que el rearme representa la única salida del estancamiento económico de su país, y con personas que están a favor de un "Nuevo Trato Global", parecido a las propuestas del Informe de la Comisión Brandt.

Contestar la pregunta ¿por cuánto tiempo las presiones y amenazas de Estados Unidos prevalecerán sobre las advertencias que están llegando a Tokio desde Beijing y Moscú? es una tarea particularmente difícil en el caso de un país donde la cultura política y el sistema político son tan distintos de los que prevalecen tanto en el Occidente capitalista como en el Este socialista. No es común para los miembros de las élites políticas y empresariales japonesas discutir abiertamente con extranjeros los delicados temas de política exterior. Las respuestas extraoficiales a los extranjeros están también condicionadas por su nacionalidad y acompañadas por la excusa de que Japón, como nuevo participante en el juego del poder internacional, es supuestamente menos conocedor de estos asuntos que de los temas internacionales económicos. Más aún, mientras que quizás el 80 por ciento de los japoneses está en contra de una participación militar de cualquier índole y más del 50 por ciento está en contra de seguir la política estratégica y militar de Estados Unidos en el Lejano Oriente, no existen medios de comunicación formales o informales en los asuntos de política exterior entre la opinión pública y los dirigentes de la PLD. Lo que es aún peor es que la oposición de izquierda está muy dividida con respecto a los problemas internos y los poderosos sindicatos tienen pocos contactos de trabajo con los políticos de izquierda. El movimiento de paz japonés, quizás más extenso y profundo que el de Europa Occidental, no tienen ninguna salida política efectiva debido a la prosperidad eco-

nómica global. Esta situación, dicen algunos observadores, podría cambiar rápidamente. Como consecuencia de los crecientes indicios de deterioro de las relaciones gobierno-sindicatos, consecuencia de un drástico programa de austeridad impuesto recientemente en respuesta a un déficit fiscal en ascenso, podría surgir alguna clase de cooperación entre los sindicatos, el movimiento de paz y el Partido Socialista y sus grupos disidentes.

En estas condiciones no es nada seguro que presionando y amenazando a Japón para ser una "frontera militar" de Estados Unidos en Asia, la administración de Reagan esté jugando correctamente el juego y que los japoneses sigan aceptándolo incondicionalmente. Las dudas a este respecto surgen también del hecho de que en su ilimitada ingenuidad, por decir así, Washington parece ignorar el impacto indirecto de su política impaciente hacia Japón, no sólo sobre Japón mismo sino sobre el futuro de las relaciones chino-soviéticas. Primero, hay indicios de que ciertos influyentes japoneses bastante conservadores no están muy satisfechos de estar siendo empujados por Washington hacia la confrontación con la URSS. Al contrario, recuerdan con nostalgia que las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y Japón, definidas en el tratado de paz firmado en San Francisco en 1951, ofrecían al Japón el papel de una economía internacionalmente independiente. Además, las mismas fuentes oficiales y privadas japonesas no parecen aceptar las acusaciones de Estados Unidos de la implacable invasión japonesa a los mercados de Estados Unidos y de la persistencia de la política de protección global comercial japonesa².

Las crecientes dificultades en las relaciones comerciales y financieras entre Estados Unidos y Japón son explicadas en Tokio por una política económica interna equivocada y por una regresión tecnológica relativa de Estados Unidos. Aún más, la preocupación de algunas fuentes japonesas ha aumentado por la forma en que Estados Unidos ha jugado su "carta china" en los últimos años, y por las más recientes respuestas de China a la política de Estados Unidos. Declaraciones oficiales chinas, que fueron hechas con motivo de la reciente visita de la señora Thatcher a Beijing, sobre que "China no deseaba ver su carta jugada ni por Estados Unidos ni por la URSS", fueron consideradas en Tokio como dirigidas a Washington y no al no existente Imperio Británico.

El "ménage à trois" del triángulo Estados Unidos-Japón-China funcionó en los setenta porque fue útil y conveniente para los intereses económicos japoneses por haberse abierto el mercado chino para el Japón. Si dentro de un par de años surgiera una situación en la que se llegara a alguna clase de relación equidistante entre

²Desde un punto de vista americano respaldado grandemente por la opinión japonesa, véase Kent E. Calder, "Opening Japan", *Foreign Policy*, (Washington), Nº 47, verano de 1982.

China, por una parte, y la URSS y Estados Unidos por otra, mientras que Japón cayera al mismo tiempo más profundamente en los brazos militares norteamericanos, resultaría ser una constelación completamente nueva y lejana de ser óptima para Japón. En términos económicos más que en otros, parece como si Japón en un futuro necesitase más a China de lo que China puede necesitar a Japón, que, por ejemplo, quisiera tener acceso al petróleo y al carbón chino. En la búsqueda de bienes de capital y tecnología para su desarrollo a largo plazo bajo su programa de cuatro modernizaciones y con la estabilidad política relativamente lograda, China tiene muchas opciones. Puede conseguir bienes de capital en prácticamente cualquier país industrial occidental y tecnología, ya sea en Estados Unidos o en Japón, o en Europa Occidental. La expansión futura de los mercados externos de Japón, responsables en gran medida por su crecimiento y riqueza durante todo el período de la postguerra será, sin embargo, seriamente circunscrita por el estancamiento económico que prevalece en la región industrializada del Atlántico del Norte. Mientras tanto los chinos envían un torrente de señales a Japón, que indican que la economía y el comercio en particular no puede divorciarse de los asuntos políticos y militares.

III

Algunas personas en muchas capitales importantes del Lejano Oriente y de otras partes no hacen caso, por razones diversas y también por ilusiones, a la posibilidad de una evolución de las relaciones chino-soviéticas hacia una equidistancia entre China, la URSS y Estados Unidos⁸. Para los expertos americanos sobre China, dicha evolución no parece que se pueda realizar, en vista de que el conflicto chino-soviético, que surgió abiertamente en 1960, fue precedido por cuarenta años de profundos conflictos de orden ideológico, político y económico. Todos estos conflictos estaban relacionados con la cuestión básica acerca del camino chino hacia un desarrollo económico, que fue percibido de manera distinta de las élites de los poderes comunistas de la URSS y China desde los comienzos de los veinte. En la opinión de Estados Unidos, la duración e intensidad de este conflicto, junto con las políticas expansionistas soviéticas, hacen imposible cualquier acomodo futuro entre la URSS y China, en términos aceptables para los chinos. Además, debido a que las relaciones entre Estados Unidos y China, establecidas a principios de los setenta, se volvieron —se insiste en Washington— en una característica permanente de relaciones internacionales y ambos, Es-

⁸Ver, por ejemplo, "Unholy divide-Russia and China may narrow their differences, but not enough to panic about", *The Economist* (Londres), 2 de octubre de 1982.

tados Unidos y China, miran a la URSS como su principal enemigo, el descongelamiento del conflicto histórico chino-soviético es supuestamente imposible de definir.

El estudio más reciente del decenio acerca de las relaciones chino-americanas, escrito por un experto sobre China del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos bajo la administración de Carter, analiza el tema en los siguientes términos reveladores:

“Los acontecimientos de los últimos diez años revelan una paradoja. Por una parte, la amistad (entre Estados Unidos y China) muestra una continua fragilidad, fácilmente susceptible a una erosión debido al mal manejo sobre el tema de Taiwán. Por otro lado, cuando las dos partes confrontan la posibilidad de un rompimiento, buscan un mutuo acomodamiento, ya que las relaciones constructivas chino-americanas se han vuelto ingredientes esenciales para la seguridad nacional de ambas naciones”⁴.

El influyente *Wall Street Journal* comentó sobre los más recientes acontecimientos en este campo aún con más optimismo:

“El flirteo de China con Rusia no afecta las estrategias de Estados Unidos. Analistas americanos dudan sobre si las pláticas chino-soviéticas indican que Pekín está sintiendo o tan sólo está demostrando su ira por el asunto de Taiwán. Ellos consideran que China está participando en estas pláticas para responder a las críticas internas de quienes sostienen que Pekín se ha dejado llevar demasiado lejos contra Moscú”⁵.

Sin embargo, escapan a la atención de los norteamericanos, que creen en la perduración del acercamiento entre Estados Unidos y China de 1972 y en lo profundo del conflicto chino-soviético, varios hechos muy importantes: de acuerdo a evidencias circunstanciales en 1968, hace solamente 15 años, enfrentado por la fuerza militar soviética a lo largo de su frontera y la guerra de Estados Unidos con Vietnam, el liderazgo chino de esos tiempos consideraba a *ambos*, la URSS y Estados Unidos, como grandes peligros para la seguridad nacional china.

El acercamiento con Estados Unidos fue precedido por un prolongado debate, en Beijing, de si China debe continuar una política más o menos equidistante entre Moscú y Washington o inclinarse hacia Estados Unidos. La pregunta fue resuelta en favor de la iniciación de un diálogo con Estados Unidos por el mismo Mao Zedong. Zhou Enlai, supuestamente, estaba apoyando la equidis-

⁴Michel Oksenberg, “A Decade of Sino-American Relations”, *Foreign Affairs* (Nueva York), Vol. 61, Nº 1, verano 1982.

⁵*The Wall Street Journal* (Nueva York), 8 de octubre de 1982.

tante relación con Estados Unidos y la URSS y tratando de mejorar las relaciones con ambos⁶. Tal vez no sea completamente irrelevante el señalar que, mientras la influencia de Mao Zedong sobre la política china de sus últimos años haya sido duramente criticada en estos días en Beijing, Zhou Enlai está considerado como el más grande hombre de Estado de la China post-revolucionaria.

Para una persona que visite Japón ocasionalmente, es muy difícil poder expresar su opinión de la visión japonesa del futuro del triángulo URSS-China-Estados Unidos. Si dicha visión existe en Tokio, está altamente coloreada por las implicaciones de la alianza militar Estados Unidos-Japón, la dependencia de Japón de los mercados de Estados Unidos y la silenciosa y recíproca hostilidad entre Japón y la URSS, reflejada por la ocupación soviética de las cuatro islas Kuriles. Fuentes soviéticas han dicho claramente que no es posible ninguna normalización completa de sus relaciones con Japón mientras Japón siga participando activamente —de acuerdo con la opinión soviética— y, además con entusiasmo, en los juegos estratégicos antisoviéticos de Estados Unidos en el Lejano Oriente. De acuerdo con las mismas fuentes, Japón no puede tener todo al mismo tiempo: mejorar sus relaciones con la URSS y buscar la devolución de las cuatro pequeñas islas en el norte ocupadas por los soviéticos, mientras sigue fortaleciendo su papel de jefe de policía norteamericano en el Pacífico Occidental.

Contrastando con este marco de referencia, la visión japonesa de las futuras relaciones chino-soviéticas necesariamente coincide con la visión de Estados Unidos sobre la inevitabilidad del continuo conflicto entre China y la URSS. Para propósitos prácticos, en realidad no importa si detrás de las actitudes japonesas está la mencionada con anterioridad: la inhabilidad sistémica del sistema político japonés para innovar en el campo de política extranjera en medio de circunstancias globales muy cambiantes, o si los problemas entre Estados Unidos y Japón son considerados demasiado serios en Tokio para justificar los intentos de pensar acerca de nuevas opciones para una nueva situación nada improbable, compuesta de dos factores de gran importancia para Japón en los ochenta: el establecimiento de una equidistancia por parte de China respecto a la URSS y Estados Unidos y el deterioro de las relaciones chinas con Japón debido a las continuas concesiones de seguridad y militares de Japón a favor de Estados Unidos.

IV

Una observación minuciosa, desprovista de emociones e ideología,

⁶Thomas Gottlieb, *Chinese Foreign Policy: Factionalism and the Origins of the Strategic Triangle*, Research Report R-1902-NA, Rand Corporation (Santa Mónica), 1977.

sugiere fuertemente que la URSS tiene una muy pesimista, y quizá realista, apreciación de los peligros de un posible enfrentamiento militar con el Occidente. La URSS tomó el camino hacia una paridad estratégica con Estados Unidos, no con el propósito de conquistar al mundo o invadir a Europa Occidental o a Japón —como algunos centros de estudios estratégicos en el Occidente postulan— sino para lograr plenamente el objetivo de destrucción mutuamente asegurada en un escenario “del peor de los casos”, tal como el ataque nuclear de Estados Unidos contra la URSS. En vista de que el establecimiento militar soviético —otra vez realistamente rechaza la noción de guerras limitadas entre las grandes potencias en la era nuclear y no cree tampoco en guerras atómicas “ganables”, el segundo objetivo soviético es debilitar y neutralizar las alianzas militares de Estados Unidos, donde existan, con el propósito de negociar alguna clase de *modus vivendi* con Estados Unidos desde una posición de igualdad. A sabiendas de la extrema fragilidad del balance global de terror nuclear, la URSS juega un muy cuidadoso, precavido y astuto juego político de ajedrez en la periferia de Estados Unidos. La invasión soviética en Afganistán, una de las pocas tierras de nadie en Asia Central, debe ser considerada junto con la no invasión de los soviéticos de Polonia, su no injerencia en las guerras en el Medio Oriente, su estricta neutralidad en Irán y la actitud de suma cautela frente a los levantamientos revolucionarios en América Central.

Con esta triple política de la paridad estratégica de la URSS, la neutralización de las alianzas militares de Estados Unidos y el no estar involucrados en los conflictos periféricos, que por error u omisión podrían dar como resultado confrontaciones militares directas o indirectas con Estados Unidos, la solución de uno de los grandes problemas estratégicos vitales: la amenaza de una guerra en dos frentes distantes (China y el Occidente), ha eludido hasta ahora al liderazgo soviético. Las razones son muy sencillas; de la manera en que la URSS quiere negociar con Estados Unidos únicamente en condiciones de igualdad, los chinos desean también negociar con la URSS en esos mismos términos. Sin embargo, ese balance de poder de negociación entre China y la URSS fue puramente una noción durante los últimos años de la vida de Mao Zedong y del período de conflictos internos acerca de la sucesión en China después de Mao.

V

Durante los últimos años de gobierno de Mao Zedong, el conflicto de China con la URSS tuvo un profundo contenido ideológico y hasta personal. Después de todo, Mao Zedong no podía olvidar tan fácilmente las tres décadas de experiencias tormentosas del movimiento comunista chino con el Komintern; la ocupación soviética del Norte

de China durante los diez días de guerra en Japón, seguidos por la desindustrialización forzada de esa región bajo el aspecto de reparaciones nunca definidas, y el reconocimiento soviético del gobierno de Chiang-Kai-shek hasta su desaparición después de la caída de Shanghai.

Con la muerte de Mao Zedong, posterior a la eliminación de pocas figuras militares políticas pro-soviéticas en los viejos cuadros comunistas chinos, el espíritu de cruzada desapareció de la santa guerra china contra el "revisionismo" y "hegemonismo" de la URSS, ya que surgieron forzadamente nuevas prioridades: el problema de la sucesión después de Mao y el diseño de políticas económicas a largo plazo que permitieran al país salir de su subdesarrollo casi desesperado. Una limitada apertura hacia Occidente en los setenta fue de considerable ayuda para que la nueva generación de líderes chinos tomara conciencia tanto de la magnitud del subdesarrollo global del país como de la magnitud de la tarea por realizar.

El cumplimiento de esta tarea, definida por las cuatro modernizaciones (agricultura, industria, tecnología y defensa) dependerá no sólo de un esfuerzo interno sostenido a largo plazo sino de un distanciamiento de los conflictos entre las dos superpotencias y una distensión del conflicto "local" chino-soviético. El inventario global con particular énfasis en las presiones estratégicas de Estados Unidos sobre Japón, que debiera haber tenido lugar en Beijing en 1980-81, terminó con toda probabilidad con algunas conclusiones pragmáticas desprovistas de un contenido ideológico: si China fuera a sobrevivir al creciente enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS, tal vez sería mejor para sus intereses debilitar algo sus vínculos con Estados Unidos, en quien de todas formas no se puede confiar, y al mismo tiempo, de ser posible, establecer algún *modus vivendi* con la URSS en términos equitativos. Aunque tampoco China puede confiar mucho en la URSS, este superpoder ha estado demostrando por lo menos algún entendimiento de las consecuencias de una guerra mundial global de quien todos (incluyendo China) serían víctimas fatales.

Los silenciosos intercambios entre expertos en asuntos internacionales, deportistas y economistas, sobre las relaciones China-URSS comenzaron muchos meses antes de la última propuesta pública del liderazgo soviético dirigida hacia la normalización de las relaciones entre China y la URSS "con base en un sentido común, respeto mutuo y ventaja mutua", como Brezhnev lo manifestó en su reciente discurso en Baku el pasado mes de septiembre. Mientras que en algunos años anteriores todos los gestos soviéticos a ese respecto estaban cayendo en los oídos sordos de Beijing, esta vez los chinos mostraron interés al aceptar la visita del jefe negociador en los asuntos fronterizos en Asia, el Subsecretario de Relaciones Exteriores, Ilyichev.

Las negociaciones internacionales a cualquier nivel empiezan con

los asuntos más fáciles. El tema de los conflictos en la frontera, que nunca fue muy serio, surgió entre China y la URSS del conflicto general ideológico de los sesenta y no viceversa. Lo más probable es que sea tratado tan fácilmente como la reclamación de China contra la India, que duerme el sueño de los justos por mutuo consentimiento desde hace quince años. El tema de discusión serio detrás de las fricciones fronterizas es el despliegue de grandes ejércitos convencionales y armas no-convencionales a lo largo de 4.500 millas de los dos lados de la frontera chino-soviética. Estos problemas claves de tipo estratégico pueden difícilmente convertirse en asuntos negociables mientras no sean atendidos los problemas de las fronteras. Queda por ver si en una etapa posterior un gran número de tropas tanto chinas como soviéticas pueden dar marcha atrás para producir una retirada sobre la frontera común. Bajo la presente visión de problemas estratégicos globales en Moscú, y lo más probable en Beijing, dicha retirada tiene mucho sentido para ambas partes no sólo en un asunto de estrategia sino también en lo económico y político. Ambas economías están cargadas en exceso de gastos militares que surgen en parte del prolongado conflicto chino-soviético. Más aún, con una parcial retirada en Asia, la posición soviética en las negociaciones estratégicas con Estados Unidos mejoraría mucho, mientras que la cruzada de rearmamento antisoviética de Estados Unidos en Europa Occidental y el Lejano Oriente se encontraría con nuevas dificultades. Desde los puntos de vista tanto de la URSS como de China, algún tipo de retirada militar a lo largo de su frontera común representa una situación positiva para ambos. El único perdedor sería Estados Unidos y sus aliados militares particularmente cercanos en Europa Occidental y el Lejano Oriente.

Estrategas occidentales, siguiendo las fuentes oficiales chinas, añaden a Afganistán e Indochina a la lista de conflictos entre la URSS y China. La situación de Afganistán parece insoluble sólo si se acepta la opinión occidental de que la ocupación soviética de Afganistán fue el primer paso de algún gran diseño dirigido contra los intereses estratégicos de Estados Unidos en el Golfo Pérsico y tiende además a cercar China. En vista de la falta de evidencia real, expertos occidentales serios en la cuestión de Afganistán no sólo no comparten estas opiniones sino insisten en que, militar y políticamente, la acción soviética de diciembre de 1979 fue una reacción a circunstancias locales y dinámicas creadas por las torpes y crueles políticas de los ideólogos radicales afganos pro-soviéticos. De acuerdo por lo menos con uno de los más recientes análisis de la presente situación en Afganistán:

“los diversos (recientes) comentarios soviéticos parecen sugerir que el objetivo primordial soviético es prevenir a Afganistán de convertirse en una base hostil y no de conservar al país como un

aliado estratégico o como un aliado o como estado socialista modelo”⁷.

Si esta manera de entender los objetivos soviéticos es correcta, entonces alguna clase de distensión militar chino-soviética podría abrir más tarde las posibilidades de una resolución del problema afgano, ya que la responsabilidad por éste nunca ha sido puesta por los rusos en la puerta china.

Los problemas más difíciles que enfrentan las dos potencias son las de Indochina. Las dos partes están sumamente involucradas en la región, sin que ninguna tenga una ventaja clara, como lo indican claramente los eventos en Kampuchea. Pero, en vista de la influencia limitada soviética en las políticas regionales de Vietnam, el punto muerto existente en Indochina puede sugerirles a Moscú y a Beijing que el costo político de un callejón sin salida para las dos partes es demasiado pesado, si se compara con los peligros de un enfrentamiento global estratégico y militar entre Estados Unidos y la URSS. Los beneficios de una distensión en Indochina se verían más factibles en las condiciones de una relación equidistante entre China, la URSS y Estados Unidos.

* * *

En resumen, todos los elementos cambiantes del juego del poder en Asia sugieren, como se propuso al principio de este ensayo, que un ajuste en las relaciones chino-soviéticas es altamente probable y que si tiene lugar paso a paso afectará profundamente no sólo a todos los grandes actores del juego global del poder, incluyendo a Estados Unidos, a Europa Occidental y por último, pero no menos importante a Japón, sino a las relaciones estratégicas, políticas y económicas entre ellos. Debe tenerse en cuenta que los fundamentos para las relaciones presentes fueron construidos en el mundo bipolar inmediato al período de postguerra, un mundo que ya no existe a principios de los ochenta.

⁷Jagot S. Mehta, “Afghanistan: A Neutral Solution”, *Foreign Policy*, Nº 47, verano 1982, p. 145. Véase también Seling S. Harrison, “Dateline Afghanistan: Exit Through Finland”, *Foreign Policy*, Nº 41, invierno 1980-81.